

Pesadilla Durante la Media Noche

Jose Gabriel Alcala Farrera



Capítulo 1

PESADILLA DURANTE LA MEDIA NOCHE

HALKALÁ

I.- LA PESADILLA

Era casi la hora de la comida en el instituto, en ese momento los salones estaban repletos de estudiantes, maestros y amigos; y también de mascotas. Teníamos dos perros que nos querían mucho y nos cuidaban.

De repente gente extraña, gente desconocida, porque ni siquiera supe cómo eran, puesto que por suerte nunca los vi; empezaron a entrar en los salones, con armas, agredían a los estudiantes, que se encontraban en su camino. Yo tenía miedo de que me hicieran daño; en ese momento los estudiantes corrían despavoridos, sin saber muy bien lo que ocurría, sin saber a dónde ir; yo corría pero sentía como si estuviese corriendo en cámara lenta; escuché los gritos, quizás algunos cuantos disparos, ¿ladridos?, y recordé que los perros seguían atados; en ese instante me paralicé; mi amigo Raziél, que me seguía, al verme inmóvil se detuvo y yo... le dije – los perros; él, molesto, me grito [-¡muévete! ¡Corre y busca algún lugar donde estés a salvo! Escúchame, desataré a los perros y luego te alcanzo.

Yo sin pensarlo corrí, no sé si debí haberlo hecho, o al menos no haber dejado que se fuera, dejar ir al mejor amigo de mi vida; en ese momento no pensé que tal vez esa era la última vez que lo vería.

Seguí corriendo, huyendo sin mirar atrás, como si una manada de lobos me estuviesen persiguiendo, a mi espalda más gente me acompañaba, unas tres o cuatro personas máximo: una niña como de 11 años, un maestro como de 53, el profesor me grito: – ¡Entra en ese edificio!- y señaló una vieja bodega del pueblo que ya nadie utilizaba.

Entramos los tres, y lo primero que hice fue esconderme, esconderme como un maldito animal indefenso, a mi lado, la pequeña niña de 11, tan asustada como yo, una niña inocente con tanto miedo a morir como yo, le dije: –Tranquila, aquí no nos encontrarán, aquí no nos encontrarán [- seguía repitiendo como para convencerme a mí mismo de eso.

Mientras el profesor aseguraba las puertas y nos dijo que guardáramos silencio, se sacudió la cabeza, como con ganas de perderla. Sacó su celular y se acostó en un rincón contrario al nuestro. En ese momento recordé que mi amigo estaba afuera, le llamé a su móvil; al principio no me contestaba, al paso de unos minutos lo primero que escuché fue: -¿En dónde estás? ¿Estás bien?- seguido de ladridos; sus palabras entibiaban

mi corazón y calmaban parte de mi agitada alma. - En la bodega abandonada- contesté con tono triste y, después de eso, la llamada se cortó.

Pasaron las horas, no había ruido alguno, la noche ya casi era parte del mañana; fue entonces cuando empezaron a llegar otros estudiantes, llegaban cansados y desesperados; el profesor los atendía, algunos estaban llorando, otros estaban enojados; mientras miraba hacia la puerta él entró y junto con él los dos perros: corrían hacia mí, a través del largo pasillo, vacío, frío y abandonado; quise abrazarle sin embargo los perros se me abalanzaron de alegría, él preguntó ¿cómo estábamos? -Bien, la niña duerme y yo aún sigo alterado [- contesté. Él lucía molesto e irritado; mientras trataba de calmarlo, veía en su mirada odio y dolor; no me imaginaba a cuantas personas habían atrapado ese día, a cuántas personas habían asesinado ese día.

Con su voz ronca gritó -¡A todos los que atraparon, a todos se los cogieron!

Yo no dije nada, no supe qué decir, me quedé con un nudo en la garganta, pensando en esas personas muertas, pensando en qué es lo que me espera, tan solo pensando; en ese instante los perritos me lamían demostrando su cariño, entonces me pregunté: ¿también ellos tendrán miedo a morir?

II.-LOS MUERTOS

Al siguiente día, desde muy temprano, Raziel juntó a varios estudiantes y les dijo que lo acompañaran a saquear del instituto la comida que fuese posible. Los estudiantes estaban temerosos de regresar al instituto; después de lo ocurrido, nadie quería ni imaginarse aquella escena de salones repletos de cadáveres y sangre, de conocidos y de amigos asesinados, de sus fantasmas persiguiéndoles en el camino. No había mucho que pensar, era un sí o un no. Al final sólo doce personas se dirigieron a la escena, llevaban mochilas, bolsas y muchísimo miedo. Yo también iba con ellos; poco a poco la luz del día amenazaba por salir, sin armas caminábamos hacia lo que podría convertirse en nuestro cementerio. Entramos haciendo el menor ruido posible, no había señal alguna de nadie, tan pronto como entramos nos dirigimos a la cocina, no había nadie así que empezamos a levantar la comida que nos fuera posible cargar. Yo llené una mochila de panes, mientras otros cargaban garrafas de agua; luego me di cuenta que Raziel no estaba, era un tipo de piel café con ojos de aparente profundidad, demasiado alto como para no poder ser visto con facilidad, me preguntaba dónde podría estar.

Mi preocupación por él era extremista; tenía mis razones, pues conocí a Raziel desde que tenía 10 años; fue la primera persona que me habló desde que entré al instituto; él era un chico sociable, extrovertido,

siempre narrando alguna historia entretenida, era lo contrario a mí, un pequeño niño tímido, que en casi todo momento se encontraba solo, sin ganas de hablar. No entiendo qué fue lo que lo motivó a permanecer conmigo; tenía más amigos y además era cuatro años mayor que yo; cuando estábamos juntos, me platicaba de cosas extraordinarias mientras yo le escuchaba atento y callado, nos divertíamos mucho recorriendo los salones y las calles. Fue a él a quien le platique la horrible tragedia de mis padres, a él y a nadie más,

Mis padres eran unas personas muy comunes, se casaron antes de cumplir los 18 años, se casaron porque mi madre quedó embarazada; aceptaron tenerme, lo cual les agradezco tanto, una vez cumplido el año, ya no querían hacerse cargo; mi madre amaba a mi padre, sin embargo él se enamoró de alguien más, pasaron los años y la distancia entre ellos cada vez fue más grande. Cuando cumplí los seis años, mi madre descubrió que mi padre tenía otra mujer, se volvió loca, el amor se convirtió en una masa oscura y perversa que decoraba las paredes. Recuerdo que en una ocasión me dejó encerrado en la casa, mientras ella fue a perseguir a mi padre, para ver quién era la otra mujer; los vio abrazarse, los vio besarse, eso la enfureció y cuando vino a ver la pobre amante se encontraba aterrorizada, tirada en el suelo con la cara destrozada, mi padre llorando, llamando una ambulancia. Mi madre salió corriendo hacia la casa, mi padre la siguió, ambos entraron en aquella casa oscura, tiraban de gritos, se insultaban; mi padre la empezó a golpear, yo les veía por debajo de la cama, mi madre se trataba de estirar para alcanzar una pequeña navaja que acostumbraba a guardar debajo del ropero, la alcanzó y se la enterró en el cuello a mi amado padre. De ella no supe más pues me llevaron a un hogar temporal.

Era una terrible tragedia, en la que no quería creer, de la que no quería hablar. Raziel me abrazó y me ofreció su sincera amistad, sus brazos estrujándome, su calor invadiendo mi frío cuerpo; yo ya no podía más, rompí en llanto, un llanto que había sido postergado durante cuatro años. Raziel era la única persona en la que podía confiar y la que más necesitaba en ese momento.

Salí de la cocina y empecé a buscarlo, temía que pudieran haberle hecho daño, corrí hasta llegar al otro edificio, no encontré ninguna señal de él. Subía las escaleras, cuando escuche voces a través de un radio, me alarmé y desesperado me encerré en una habitación. Dos hombres robustos, armados, se detuvieron tras la puerta; la radio decía: -Me han reportado movimiento inusual en el primer edificio, busquen y asesinen a lo que se mueva. Mis latidos se aceleraron aun mas, traté de pasar el seguro de la puerta, sin embargo mi mano no paraba de temblar, así que lo único que logré fue tirar el seguro; mis ojos miraban cómo caía el maldito tornillo; uno de los hombres trató de abrir la puerta, yo la detuve, entonces el otro disparo a la cerradura; el sonido del disparo resonaba en mi cabeza; no sabía qué hacer, empujaron la puerta, no lograba escuchar

lo que dijeron, me quedé inmóvil, observándoles, mientras uno de ellos me apuntaba con su arma; todo era un desastre, si me movía era suicidio y si no lo hacía me asesinarían, cerré mis ojos, y escuché: -¡Te vas a morir, pendejo! ¡Sí! Justo en ese momento ya podía escuchar, se escuchó el disparo...

Luego pude oír: -Levanta el arma y la radio, ivamos, muévete! Abrí mis ojos y no, no estaba muerto, el otro hombre le había disparado a su compañero; ¿me había salvado la vida uno de los matones? No lo entendía, me volvió a gritar: -¡Muévete o es que acaso quieres que yo te dispare! Sin perder ni un segundo más hice lo que me pidió y lo seguí hacia donde se dirigía.

III.-ENEMIGOS

Comenzaba el atardecer cuando llegamos a un edificio que jamás había visto; el tipo armado no dijo ni una sola palabra desde entonces, tocó la puerta y de inmediato salieron unos 20 hombres armados apuntándonos. ¡Dios, casi muero del susto! se identificó y nos dejaron pasar. Era un edificio muy extraño, la fachada te hacía pensar en alguna oficina de correos, en el interior había muchísimos salones algunos, rodeados por rejas y lo más escalofriante, alrededor del cuartel... muchos cocodrilos; habían de casi cualquier tamaño, enormes y pequeños, sólo nos separaban unas frágiles rejas que se tambaleaban cada que Ruk movía la cola; Ruk era el cocodrilo de mayor tamaño y por lo mismo el más antiguo, tanto que ya le tenían cariño.

Debo decir que no me trataban como prisionero, eso me hacía pensar que tal vez no me matarían, de hecho eran amables aunque no respondían a ninguna de mis preguntas; uno de ellos, bueno más bien ella, se llamaba Antolina, platicué varias horas con ella, era una mujer muy joven o al menos eso me parecía; su cabello rojizo le llegaba hasta la cintura, sus ojos claros relucían su mirada y, debo decirlo, tenía una figura esbelta y fuerte, creo que ella era la encargada de cuidarme por si me quisiera escapar: -Debes esperar, no tarda en llegar, me respondía cada vez que le preguntaba, qué era ese lugar.

Llegó la tan esperada noche. Antolina dormía, bueno creo que en realidad lo hacía, así que aproveché para escapar; no podía quedarme en ese lugar sin saber cómo estaban los demás, sin saber cómo se encontraba Raziél; tenía aún el arma que me dio el matón, sólo la utilizaría si mi vida corriera peligro. Fue fácil salir de la habitación de donde estaba; al salir escuchaba colas arrastrándose en la oscuridad, el sonido de huesos aplastados por grandes mandíbulas, tragué saliva, me temblaban las piernas. ¿Qué iba a hacer si me encontraba con un cocodrilo del doble de mi tamaño?

Si le disparaba, el sonido podría despertar a alguien más y me iría peor; una sensación de miedo y adrenalina recorrían mis venas, sabía lo que

tenía qué hacer, así que empecé a subir sobre las rejas; me deslizaría por la reja, en lo alto, para no toparme con ningún animal salvaje, y subiría la azotea de cada salón hasta la salida. Era un plan muy bueno o eso me parecía hasta que mi pantalón se quedó atorado con algún alambre y al tratar de zafarme, perdí el equilibrio y caí de espaldas al otro lado de la reja.

Pobre perdedor, dirían los que descubrieran mi cadáver o las sobras de huesos devorados por mandíbulas hambrientas y gigantes; eso pensaba al hallarme en terreno de cocos; el ruido los hizo dirigirse hacia mí, eran veloces y algunos enormes; a donde fuese que fuera estaban ahí. Jamás me había sentido tan acorralado y sin probabilidades de sobrevivir en mi vida, ni siquiera la vez que, recién llegado al instituto, unos gandayas, quizás unos seis o siete gorilas, granujas con poco cerebro, empezaron a taparme el paso, insultarme y tirarme al suelo; me sentía perdido, ya contaba con una o dos fracturas y muchos moretones en mi cuerpo, para mi sorpresa no fue así; de la nada apareció Raziél, empezó a golpear a uno que otro; yo intenté hacer lo mismo pero los golpes no eran mi fuerte, lo fuera si se contaran las mordidas; en fin, ambos quedamos tirados en el suelo al menos sin fracturas o moretones.

Esa noche ocurrió algo parecido; llegó Raziél disparando dardos tranquilizantes, arrojando carne fresca para distraerlos, mientras me lanzaba una cuerda para subir y pasar al otro lado. Salvado de nuevo. Tenía una especie de don para poner mi trasero en peligro y Raziél para salvarlo.

IV.- LAS MENTIRAS

Era increíble. Me encontraba intacto, como si me acabara de despertar de una pesadilla, con el corazón agitado, a mi lado estaba Raziél; vestía la misma clase de uniforme que los demás, se me hizo extraño. ¿Qué es lo que estaba haciendo aquí?, y ¿por qué estaba armado? Me sonrió, yo me encontraba demasiado confundido como para devolverle la sonrisa; nos quedamos quietos, mirándonos el uno al otro; él parpadeaba de vez en cuando, yo no, mi mirada era acusadora y él lo sentía. Por fin habló: – Ven, acompáñame adentro, te explicaré lo que ocurre, dijo con una voz baja y entrecortada; antes podía hacer lo que me dijera sin dudar ni una sola palabra, ahora después de tanto misterio, no sabía lo que me pasaría.

Ya dentro de una oficina no tan cercana de donde nos encontrábamos, él sacó su arma; de inmediato reaccioné con miedo: –¿Me tienes miedo, enserio? Te acabo de salvar la vida, dijo un poco molesto y colocó el arma sobre la mesa: –¿Por qué usas el mismo uniforme de los que mataron a nuestros amigos, le dije; me ordenó que escuchara; por dentro no quería

hacerlo, necesitaba muchas respuestas que tal vez no me agradarían.

Lanzó un suspiro intenso como si después de ese segundo un terrible maleficio fuera a caer sobre la tierra; empezó a contarme que la razón por la que llegó al instituto no fue porque sus padres lo abandonaron, como antes me había dicho; la verdadera razón tenía que ver con los aterradores acontecimientos suscitados en los últimos días. Se acercó a mí, estaba frente a mí, rostro a rostro, rozando su frente con la mía; su mano derecha acariciaba mi mejilla izquierda, la subía de manera sutil y la sostenía sobre mi cabello. Eso me preocupaba, la confianza corrompida por la mentira, el poco espacio que quedaba entre nosotros, el tiempo que transcurría acercándome a la verdad. Yo nunca tuve valor, actuaba como un fantasma, ocultándome en la oscuridad; no conocía el significado de la confianza y mucho menos de la amistad, a veces llega el momento, tarde o temprano, en donde tienes que confiar; una vez que confías tu vida ya no es la misma, algunas cosas adquieren otro valor, tus sentimientos estallan en una tormenta de felicidad, hasta el día en que llega alguien y te traiciona. ¿Cuántas veces uno tiene que confiar?

Comenzó a hablar: -Crecimos juntos, eres mi hermano, eres mi única familia, contigo me sentía una persona diferente, podía sentirme seguro, tenía que hacerme el fuerte, porque quería defenderte de los demás, que igual se burlaban de mí; yo ya no temía, tenía una razón para enfrentarme al miedo, las pesadillas ya no me perseguían, poco a poco yo me convertía en un demonio, muchos decían que estaba en mi sangre, que venía con una clase de sed insaciable para matar, un instinto; antes quería creer en lo contrario, contigo sentía que hacía las cosas bien, que el cuidar de alguien más me volvería menos asesino; bueno, en realidad no lo era, decían que me convertiría en uno igual que mi padre cuando creciera; la verdadera razón de porque estoy aquí, es porque mi padre asesinó a mi madre, cuando yo era muy pequeño; dicen que era una persona despreciable, que mataba por placer; dicen que cuando por fin lo atraparon, de milagro me salvaron la vida; entonces me trajeron aquí.

Mientras crecía, los que conocían quién era mi padre me rechazaban y eso era lo de menos; mientras más crecía, los insultos aumentaban, se convertían en palizas, no tenía ni un sólo amigo, no tenía en donde esconderme; algunos mucho más grandes querían vengarse de mi padre, haciéndome lo que a ellos les hizo, tuve muchas fracturas ese año, la peor venganza fue la del director del instituto, el maldito disfrutó de su venganza; me dijo que mi padre había violado a su mujer y como sólo estaba yo, pues de alguna manera se tenía que vengar; no tienes idea de lo que se siente, mi vida se volvía nada, ya no me importaba nada ni siquiera mi propia vida; el día que tú llegaste, fue una esperanza para mi vida, en ti me vi a mí mismo, indefenso, sin nadie quién le pudiese ayudar, sin una familia, sin nada; desde ese día yo soy otra persona, ese día murieron mis pesadillas y sólo quedé yo, con el único deseo de matarlos, a cada uno de los que habitaban el instituto, a cada uno que se

burlaba de nosotros, a cada uno de aquellos que nos golpeaban, ¿tú me entiendes? Hice esto por nosotros, y yo no era el único que quería venganza, muchos siguieron mi plan en silencio; algunos no querían que tú vivieras, así que los eliminé y pedí que te pusieran a salvo.

El silencio separaba nuestros pensamientos, no tenía idea de lo que fuese a ocurrir. Lo que me dijo. Me sentía aterrado y a la vez sentía el dolor que él había sufrido desde que nació: - Crecimos juntos, eres mi hermano, eres mi única familia, eran las cosas que corrían por mi mente, no podía creer que una persona con la que he compartido parte de mi vida fuese capaz de realizar los actos más violentos y fuese la causa de tantas muertes. Él no se alejaba ni un centímetro de mí, continuaba acariciando mi cabello, mientras tanto yo permanecía inmóvil. ¿Debía seguir con el juego que él había preparado para ambos? ¿Qué es lo que seguía? ¿Matar al mundo?

V.- LA MEDIANOCHE

Lo observaba, sin decir ni una palabra; acariciaba su rostro mientras limpiaba sus lágrimas, nadie tenía el derecho de tratarlo como un asesino antes de serlo, era tan sólo un niño, un pequeño niño perdido en la noche; estaba seguro de que lo que le hicieron fue lo que detonó su locura; respiraba cerca de mi cuello, pedía perdón, sus lágrimas recorrían su rostro: -¿Me crees?, preguntó: -Por supuesto que te creo, le contesté, no había ninguna duda, era mi única familia, por otra parte esas personas a las que asesinó, bueno, nunca lo vi hacerlo, el plan era de él, el jefe de la operación de cacería y destrucción, el responsable del infierno terrenal.

La confusión en mis pensamientos me hizo abrazarlo, no sabía qué sentir si odio o amor; éramos los únicos en ese momento, no importaba nadie más, la tristeza era nuestra alegría, la oscuridad nos acercaba a la media noche, una noche nublada, contraria a la de los cuentos de hadas, sin una sola estrella; nuestros rostros descansaban en el hombro de cada uno, yo no podía cerrar los ojos, observaba aquella pistola tirada sobre la mesa, estaba cargada, su gatillo brillaba entre la profunda oscuridad, sus respiros atravesaban los míos, escuchaba planes de huir a alguna selva perdida por el mundo, viajar lejos y conseguir dinero, tal vez asaltar a alguien mientras conseguíamos trabajo, de sumergirnos a kilómetros bajo el mar; yo nunca había conocido el mar, él lo sabía, dijo que nadaríamos sobre olas gigantescas, que dormiríamos sobre la arena dorada de las playas más hermosas, bajo un cielo despejado, lleno de estrellas y con una luna tan brillante como el mismo sol; la muerte es parte de la vida, pensé mientras sostenía entre mis manos aquella gloriosa pistola, aquella que aliviaría nuestro sufrimiento; no más agonía, no más soledad, él continuaba hablando sobre sus planes, de conocer el desierto y bailar en las fiestas de carnaval, yo sólo pensaba en liberar al mundo de estos parásitos que se alimentaban de la miseria humana, lo único en lo que ambos pensamos era en estar juntos, por siempre, cuidándonos el uno al

otro y así sería. Un disparo atravesó nuestros cuerpos, justo en el centro; tirados el uno junto al otro, con la mirada perdida hacia el cielo, terminando con la pesadilla durante la media noche.

Al amanecer, helicópteros del ejército rodeaban el instituto, observaban los cuerpos sin vida tirados por doquier. Encontraron las instalaciones de los presuntos responsables y de inmediato fueron arrestados, excepto Antolina; ella se había marchado horas antes después de presenciar la muerte de Raziel; estaban armados y nadie opuso resistencia. Se encontraban sin voluntad para comentar sobre lo que había ocurrido en aquella desafortunada institución. Los prisioneros fueron llevados a la colina más cercana y ahí en pleno atardecer fueron ejecutados uno por uno, culpables de la muerte del director general de aquel instituto, con una bala en el centro del corazón; agonizaban encaminándose a la incierta muerte, que los llamaba desde la luz violeta que desaparecía del cielo. La conspiración del ojo por ojo había terminado por fin y había acabado con la vida de los llamados parásitos de la sociedad. Tiempo después el gobierno reanudó las actividades en aquel sombrío instituto. Las muertes, sus almas y sus causas eran olvidadas en un intento desesperado por recuperar el control, el orden.